

LIBRO CUARENTA Y TRES.

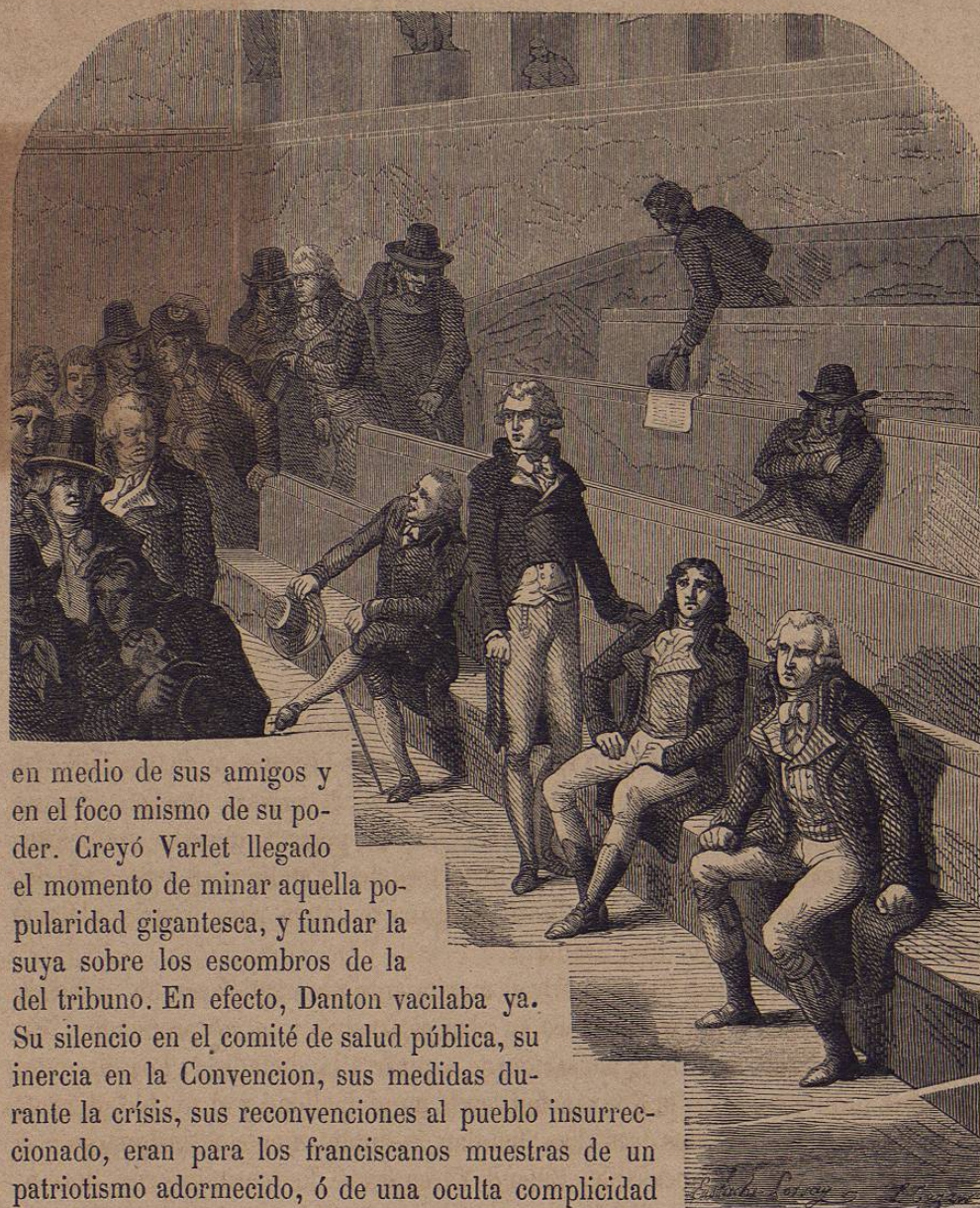
Marat.—Danton.—La Montaña.—Los girondinos proscritos.—Escision entre los departamentos y la Convencion.—Los puertos bloqueados.—Los coligados en las fronteras.—Nueva Constitucion.—Los girondinos en Caen.—El general Wimpfen.—Marat acusador público.

I

Despues de aquella jornada, en que el pueblo no hizo otro uso de su fuerza que el de ostentarla y ejercer sobre la Representacion la represion de Paris, se retiró sin cometer ningun exceso. Pareciale haber satisfecho su conciencia prestando un servicio inmenso á la causa de la libertad. Iluminó espontáneamente las calles, no insultó á nadie y dejó á los girondinos salir libremente de las Tullerías para dirigirse á sus casas. No eran cabezas lo que al parecer queria, sino un gobierno. Creia haber libertado á la Convencion del yugo de algunos ambiciosos y de las tramas de algunos traidores. Esto le bastaba. Estaba dispuesto á obedecer á la Convencion, con tal de ser libre. Ninguna tentativa para ir más adelante pudo inducirle á establecer una tiranía.

Sólo un hombre quiso hacer servir el movimiento para satisfacer su ambicion personal. Ese hombre fué Marat; pero su plan se frustró, y se vió precisado á justificarse en los Jacobinos de la acusacion de aspirar á la dictadura. Los discursos que habia pronunciado en la Convencion, en la municipalidad y al pueblo, durante las oscilaciones de aquellos tres dias, tendian indudablemente á designarse á sí mismo como el jefe indispensable. Billaud-Varennes se lo recriminó con dureza. «Estoy denunciado—respondió Marat— por haber pedido un jefe, un señor, es decir, un tirano. No comparezco aquí para disculparme, porque estoy persuadido que nadie dará fe á esta calumnia. Es desagradable hablar frances delante de ignorantes que no lo entienden, ó de pícaros que no quieren entenderlo. Anoche á las nueve vinieron algunas diputaciones de las secciones á consultarme sobre el partido que debian tomar. «¡Cómo!—les dije.—¿Oís el toque á rebato de la libertad, y estais pidiendo consejos?» Entónces añadí: «Veo que es imposible que el pueblo se salve sin un jefe que dirija sus movimientos». Los ciudadanos que me rodeaban exclamaron: «¡Cómo! ¿Pedís un jefe?» «No,—respondí,—pido un guía y no un señor, lo cual es muy diferente.»

Despues de que Marat fué reprendido por su ambicion, lo fué Danton á su vez por su inaccion y sus contemplaciones con los girondinos. Aquel mismo Varlet que habia propuesto al comité del Arzobispado los planes más atroces contra los girondinos, tuvo la osadía de atacar á Danton en la tribuna de los Franciscanos,



en medio de sus amigos y en el foco mismo de su poder. Creyó Varlet llegado el momento de minar aquella popularidad gigantesca, y fundar la suya sobre los escombros de la del tribuno. En efecto, Danton vacilaba ya. Su silencio en el comité de salud pública, su inercia en la Convencion, sus medidas durante la crisis, sus reconvenciones al pueblo insurreccionado, eran para los franciscanos muestras de un patriotismo adormecido, ó de una oculta complicidad con los girondinos. Los franciscanos, dejando hablar de aquella manera á Varlet contra su ídolo, demostraron que no era inviolable para ellos. Danton estaba ausente; pero le defendió Camilo Desmoulins contra las insinuaciones de Varlet, ostentando al pueblo los títulos revolucionarios del hombre del 10 de Agosto y del 2 de Setiembre.

El crédito de Danton salió intacto todavía de aquella lucha. Camilo Desmoulins fué por la noche á contarle la insolencia de Varlet. «Te doy gracias—le dijo Danton—por haberme vengado de ese reptil. Cuando el pueblo haya encontrado otro Danton, podrá ser impunemente ingrato y sacrificarme á sus caprichos. Pero nada temo,—añadió dándose en la frente con la palma de la mano,—hay aquí dos cabezas: una para levantar la revolucion, otra para conducirla.» Danton, en sus audaces confianzas, iba encubriendo cada dia ménos la idea de apoderarse de la república y variar de gobierno. «Hablo poco,—decia algunos dias despues á otro sectario suyo.—Tengo hasta la idea de eclipsarme por algun tiempo.

Fin de la sesion del 2 de Junio.
Pág. 19.

Es preciso gastar las facciones. Las revoluciones tienen también su cansancio, y allí es donde os espero.»

La Montaña hizo renovar al día siguiente los comités, excepto el de salud pública, dando cabida en su mayoría á los miembros más señalados de entre ellos. El impulso de la víspera le daba la fuerza de las masas. Destituyó á los ministros sospechosos de adhesión á los vencidos, envió comisionados á los departamentos aún dudosos, anuló el proyecto de Constitución presentado por los girondinos, y encargó al comité de salud pública que redactase en ocho días otro completamente democrático. Activó el reemplazo y armamento del ejército revolucionario, verdadero levantamiento en masa del patriotismo, decretó el empréstito forzoso de mil millones sobre los ricos, envió al tribunal revolucionario acusados sobre acusados; las sesiones no fueron ya deliberaciones, sino mociones breves, decretadas al momento por aclamación, y enviadas al punto á los diferentes comités para ejecutarse. Despojó al poder ejecutivo de la escasa independencia y responsabilidad que aún tenía. Llamados sin cesar ante los comités, ya no fueron los ministros sino unos ejecutores pasivos de las medidas que decretaba. Sus comisionados enviados á los departamentos fueron investidos de un poder dictatorial que suprimía ante ellos las autoridades intermedias y aún todas las leyes, y parecía comunicar á las extremidades de la república la omnipotencia de la Convención. Desde aquel día dejó la Asamblea de ser representación para constituirse en gobierno. Administró, juzgó, hirió y hasta combatió. Fué Francia reunida, cabeza y brazo á un tiempo. Aquella dictadura colectiva tenía sobre la individual la ventaja de ser invulnerable, porque una puñalada no la podía interrumpir ni derribar.

Desde aquel día igualmente no se discutió ya, sino que se obró. La desaparición de los girondinos dejó á la revolución sin voz. Con Vergniaud quedó proscrita la elocuencia, á excepción de algunos días en que los grandes jefes de partido, como Danton y Robespierre, tomaron la palabra, no para refutar opiniones, sino para intimar voluntades y promulgar órdenes. Casi enmudecieron las sesiones, reinando allí en lo sucesivo un gran silencio, interrumpido tan sólo por el paso redoblado de los batallones que desfilaban por el recinto, por los cañonazos de alarma y por los golpes del hacha que hería en la plaza de la Revolución.

II

Los veintidos girondinos, los miembros de la comisión de los Doce y cierto número de amigos suyos, advertidos mientras tanto de su peligro por aquel último golpe de ostracismo, huían á sus departamentos, protestando contra la mutilación de la patria. Las víctimas del 31 de Mayo no habían sido encarceladas el primer día, contentándose la municipalidad con haberles expulsado de sus bancos de legisladores. La compasión de sus colegas parecía dejar á su arbitrio la facilidad de sustraerse por medio de la fuga á encarcelamientos más estrechos y á asesinatos casi ciertos. Hallábanse los detenidos vigilados en sus casas por gendarmes, acostumbrados al respeto hacia los miembros de la Representación nacional. Más bien servidores que carceleros, aquellos hombres, enternecidos, seducidos con facilidad, dejaban comunicar á los diputados proscritos con sus familias y amigos de fuera. Los cautivos recibían visitas, y algunos tenían hasta el permiso de

salir de noche. Se contentaban con exigirles palabra de no marcharse de París. La mayor parte de los que habían aguardado el éxito de la insurrección del 2 de Junio en casa de Meilhan, calle de San Honorato, habían apelado ya á la fuga. Los demás se fueron escapando poco á poco. Robespierre, Danton, el comité de salud pública, el mismo pueblo, parecían no hacer caso de estas evasiones, como para sustraerse á sí propios unas víctimas que les había de ser doloroso herir.

Buzot, Barbaroux, Guadet, Louvet, Salles, Petion, Bergoing, Lesage, Cussy, Kervelegan y Lanjuinais se encaminaron á Normandía, y después de haber recorrido, sublevándolos, los departamentos situados entre el mar y París, establecieron en Caen el foco y centro de la insurrección contra la tiranía de París. Se die-



Sitio de Valenciennes (Julio, 1793).—Pág. 26.

ron el título de Asamblea central de resistencia á la opresión. Biroteau y Chasset llegaron hasta Lyon, en cuya ciudad, las secciones armadas se agitaban en movimientos contrarios y sangrientos ya. Brissot huyó á Moulins, Rabaut de Saint-Etienne á Nîmes. Grangeneuve, enviado por Vergniaud, Fonfrede y Ducos á Burdeos, levantó batallones dispuestos á marchar sobre la capital. Tolosa siguió el mismo impulso de resistencia á París.

Los departamentos del Oeste estaban en efervescencia, y se regocijaban de ver á la república, desgarrada en facciones contrarias, ofrecerles la complicidad de uno de los dos partidos para restablecer la monarquía. El centro montañoso de Francia, en que se soporta ménos el yugo de París y donde la distancia de las fronteras hace ménos presentes los peligros exteriores, se conmovió. El Tarn, el Lot, el Aveyron, el Cantal, el Puy-de-Dôme, el Herault, el Ain, el Isera, el Jura, y hasta setenta departamentos, se declararon en escisión con la Convención. Estos departamentos encargaron á sus autoridades constituidas que tomasen todas

las medidas para vengar á la Representacion nacional. Se enviaron recíprocamente diputaciones para combinar su alzamiento. Marsella organizó diez mil hombres á la voz de Rebecqui y de los jóvenes amigos de Barbaroux, y prendió á los comisarios de la Convencion Roux y Antiboul. El realismo, siempre conspirando en el Mediodía, transformó insensiblemente aquel movimiento del patriotismo en insurreccion monárquica. Rebecqui, desesperado por los golpes involuntarios que asataba á la república, y al ver al realismo apoderarse del movimiento del Mediodía, se libró del remordimiento por medio del suicidio, arrojándose al mar. Lyon y Burdeos encarcelaron tambien á los enviados de la Convencion como maratistas. Las primeras columnas del ejército combinado de los departamentos empezaron por todas partes á ponerse en movimiento. Seis mil marseleses estaban ya en Aviñon, dispuestos á subir por el Ródano para unirse con los insurreccionados de Nimes y Lyon. Bretaña y Normandía reunidas concentraban sus primeras fuerzas en Evreux.

III

La situacion de la Convencion no era ménos apremiante en el exterior. Inglaterra bloqueaba todos nuestros puertos. Un ejército de cien mil hombres, ingleses, holandeses y austriacos, hostigaba y entraba en los departamentos del Norte. Condé, bloqueada, veía al general Dampierre espirar intentando defenderla. Valenciennes, bombardeada por trescientas bocas de fuego, no era ya sino un monton de cenizas protegido por incontestables murallas. Los emigrados, los austriacos y los prusianos habian pasado el Rhin, y amenazaban los departamentos de la Alsacia con una invasion de más de cien mil combatientes. Apénas bastaban á detenerlos Custine y nuestras guarniciones del Rhin. Este general, atrincherado en las líneas de Wissemburgo, pensaba refugiarse en Strasburgo. Maguncia, abandonada á sí misma con una guarnicion de veinte mil soldados escogidos, inutilizados de este modo, se defendia heroicamente de los ataques del general Kalkreuth á la cabeza de setenta mil hombres. El rey de Prusia, en medio de otro cuerpo de ejército al frente de Custine, sólo aguardaba para dar los últimos golpes la noticia de la rendicion de Maguncia. Desde Strasburgo á los Alpes, la insurreccion de los girondinos sublevaba el Franco-Condado y hacía el acceso del alto Jura practicable á las intrigas y á las armas de los emigrados. Tener un enemigo comun es la única alianza entre las facciones.

Veinte mil jóvenes voluntarios del Franco-Condado, impelidos al realismo por su indignacion contra los montañeses y contra Marat, estaban prontos á dirigirse á Lyon y Macon para incorporarse al ejército del Mediodía que marchaba contra Paris. Ochenta mil saboyanos y piamonteses acantonados en las alturas del condado de Niza, en la confluencia de las altas gargantas de los Alpes de Saboya, amenazaban á Toulon, Grenoble y Lyon. Aquellas tropas extranjeras proponian á los realistas del interior sus auxilios armados contra los tiranos de la república. Biron, que mandaba el ejército de Italia, sólo tenia algunos millares de hombres desalentados ó indisciplinados para cubrir á la vez Provenza y la frontera. En los Pirineos, nuestra guerra con España, débil y sin gloria por ambas partes, se estrechaba en las gargantas, dejando nuestras provincias del Rosellon amenazadas de

una invasion siempre aplazada, pero siempre inminente. Los desastres del ejército revolucionario de la Vendée completaban aquel cuadro de las calamidades de la república y de los apuros de la Convencion. Sólo existía ya la fuerza en el corazón. Para no desesperar de la lucha que la república concentrada en Paris tenia que sostener, preciso era llevar en el alma toda la fe de la nacion en la libertad. La Convencion tenia esta fe; se consagró ella misma y consagró á Francia á la muerte ó á su obra, y ésta fué su gloria, su excusa y su salvacion. Danton y Robespierre, la municipalidad de Paris y los Jacobinos sostuvieron su energía al nivel de sus peligros, unas veces por medio del entusiasmo, otras por el terror que le imprimian. La pusieron entre la contrarevolucion y el cadalso: sólo tuvo la eleccion del género de muerte, habiéndose decidido por el más glorioso, resolviendo combatir contra toda esperanza.

Para demostrar que no desesperaba del porvenir, la Convencion votó en algunos dias de discusion la nueva Constitucion, cuyo plan estaba encargado de presentarle el comité de salud pública. Herault de Sechelles leyó el dictámen.

Esta Constitucion dejaba de ser representativa para convertirse en democrática; es decir, que la representacion general, universal, directa, llamaba en todo y para siempre al mismo pueblo bajo todas las formas para que ejerciese inmediatamente la soberanía. Se consultaba á la nacion sobre todas las leyes; la eleccion nombraba todos los poderes ejecutivos, los intervenia y destituia á su voluntad. Robespierre, cuyos principios habian prevalecido en aquel pensamiento, lo defendió en los Jacobinos contra los ataques de los demagogos exagerados, como Roux y Chabot. «Desconfiad—decia—de esos llamados desde hoy sacerdotes coligados con los austriacos. Guardaos de la nueva máscara con que van á cubrirse los aristócratas. Entreveo en el porvenir un nuevo crimen, que quizá no esté léjos de estallar; pero le descubriremos, y aniquilaremos á los enemigos del pueblo, bajo cualquier forma que se atrevan á presentarse.»

Los Jacobinos, que afectaban conservar siempre la ventaja de la moderacion sobre los Franciscanos, y que á ese carácter reflexivo y político de sus actos debian una parte de su poder, aplaudieron las palabras de Robespierre. Enviaron una diputacion, cuyo orador fué Collot-d'Herbois, á suplicar á los Franciscanos que hiciesen callar á los detractores de la Constitucion, haciendo concurrir todos los corazones á una obra que el tiempo haria aún más popular. Los Franciscanos cedieron á la invitacion de los Jacobinos, y arrojaron de su sociedad como perturbadores y anarquistas á Roux y á Leclerc (de los Vosgos), perdonando á Varlet en consideracion al ardor de su juventud. La Constitucion, sancionada de esta suerte por las dos sociedades soberanas de la opinion en Paris y amparada con la egida de Robespierre, fué enviada á todas las municipalidades de la república para que se presentase á la aceptacion del pueblo frances convocado en asambleas primarias.

Por lo que hace á Danton, lanzó esta Constitucion al pueblo como un juguete hecho pedazos ya en su mente. Del pueblo no apreciaba otra cosa que la fuerza; creia poco en la libertad; se cuidaba muy poco del porvenir; era de esa raza de hombres que no se sublevan contra las tiranías sino por otra tiranía mayor. Cuando no son esclavos rebelados, llegan á ser los más insolentes dominadores. Todas esas teorías constituyentes no eran para Danton otra cosa que puerilidades más ó ménos

hábiles; poco le costaba escribirlas, porque nada le costaba borrarlas. En revolucion no reconocía más gobierno legítimo que las circunstancias y la ley de la necesidad.

IV

Circulaba entónces el rumor de que la Convencion, sin saber el partido que habia de tomar con los girondinos que tenia cautivos en Paris, no atreviéndose á juzgarlos ó absolverlos, se proponia hacer un sacrificio á la paz y á la reconciliacion con los departamentos amnistiando á los veintidos. Era éste, en efecto, el parecer de Danton: el rigor inútil le apesadumbraba, y el recuerdo de Setiembre le apartaba del asesinato. Valazé, indignado por el ultraje que semejante perdon encubria, escribió á la Convencion que no podia creer en ese proyecto del comité de salud pública, que la libertad era para él ménos cara que el honor, y que rechazaria con horror el perdon. Vergniaud, igualmente intrépido, y que provocaba á sus vencedores desde el fondo de su calabozo, escribió una carta en el mismo sentido. «Pido que me juzguen,—decia.—Si soy culpable, yo mismo me he constituido voluntariamente en estado de arresto para ofrecer mi cabeza en expiacion de las traiciones de que fuere convencido; pero si mis calumniadores no presentan pruebas contra mí, pido á mi vez que vayan al cadalso. Ciudadanos colegas, apelo á vuestra conciencia; á su vez será juzgada vuestra justicia por la posteridad.»

Los restos del partido de la Gironda, animados por el levantamiento de los departamentos, se presentaron en masa en la sesion de la Convencion para apoyar la lectura de dichas cartas y las peticiones en favor de los proscritos. «Os están arrojando las teas de la guerra civil,—exclama Legendre.—Apresuraos á apagarlas, pasando desdeñosamente á vuestras deliberaciones.» La Convencion dejó á un lado las peticiones, y Barere leyó un informe del comité de salud pública en el cual ensalzaba el 31 de Mayo, al propio tiempo que pedia medidas severas para hacer entrar á los Jacobinos y á la municipalidad en el respeto del poder supremo concentrado en la Convencion. «Hombres de la Montaña,—decia Barere terminando,—no os habreis sentado por cierto en ese puesto elevado para sobreponeros á la verdad. Sabed, pues, darle oidos. No pronuncieis ántes la opinion sobre la culpabilidad de los colegas que habeis rechazado de vuestro seno, y miéntras se les juzga, enviad rehenes á los departamentos alarmados.» Robespierre, Lacroix, Thuriot y Legendre se indignaron de esta debilidad. Robespierre se admiró de que volviera á ponerse en cuestion lo que ya el pueblo habia juzgado.

En aquel propio instante se anunció á la Convencion que los administradores de los departamentos sublevados acababan de prender á los comisionados Romme, Prieur (de la Costa de Oro), Ruhl y Prieur (de la Marne). «Conozco á Ruhl,—exclamó Couthon;—seria libre aún al frente de todos los cañones de Europa.» Se pidió por aclamacion el pronto castigo de los administradores rebeldes. Algunos miembros de la derecha propusieron medidas débiles ó pérfidas de expectativa. Danton, al oír esto, salió al parecer de la inexplicable inercia que le echaban en cara.

«¡Cómo!—exclamó.—¿Parece que se duda de la república? En el momento de una gran regeneracion social es cuando los cuerpos políticos, semejantes en esto á los físicos en el instante de su reproduccion, se hallan amenazados de una des-

truccion próxima. Estamos cercados de tormentas, el rayo truena. Pues bien, de entre sus estallidos saldrá la obra que inmortalizará á la nacion francesa. Recordad, ciudadanos, lo que pasó en tiempo de la conspiracion de Lafayette; recordad el estado de Paris: entónces estaban los patriotas oprimidos, proscritos, amenazados por todas partes, y las mayores calamidades se veian prontas á caer sobre nosotros. La situacion de hoy es la misma. Parece que sólo existe el peligro para los que han creado la libertad. Pronto quedaron relevados Lafayette y su faccion. En el dia, los nuevos enemigos del pueblo están en fuga ya con nombres supuestos. Ese Brissot, ese corifeo de la secta impía que va á ser ahogada, ese hombre que ensalzaba su orgullo y se jactaba de su indigencia, acusándome de ir cubierto de oro, no es más que un miserable á quien ha sabido hacer justicia el pueblo de Moulins prendiéndole como conspirador. ¿Se dice que la insurreccion de Paris ocasiona movimientos en los departamentos? Lo declaro á la faz del universo: esos sucesos cimentarán la gloria de esta magnífica ciudad. Lo declaro á la faz de Francia: sin el cañon del 31 de Mayo, los conspiradores nos impondrian la ley. ¡Recaiga, pues, en buen hora sobre nosotros el crimen de esa insurreccion!»

A esta orgullosa provocacion á la posteridad contestó la Montaña con un eco unánime. Danton se asociaba á la insurreccion victoriosa del 31 de Mayo, dándole ante Francia título de patriotismo. Couthon convirtió en mocion el



Los girondinos en Caen.—Pág. 32.